MUJER Y FAMILIA

Reflexiones críticas desde nuestra experiencia profesional

JOSEFA LORENZO GARCIA, MANUELA PALOMAR
VILLENNA, ESPERANZA SUAREZ SOTO

Trabajadoras Sociales, Profs. de la EUTS de Alicante

1. EL ESTADO DE LA CUESTION

Con este artículo pretendemos esbozar una visión crítica acerca del papel de la mujer dentro de la familia y la sociedad, así como de los tradicionales métodos y enfoques para la ayuda que se vienen realizando desde la óptica del Trabajo Social.

Nuestro punto de partida arranca del malestar que provoca el constatar que las mujeres hayan entrado a formar parte de los grupos sociales susceptibles de ayuda, no por situaciones carenciales transitorias, sino por situaciones estructurales que duran toda la vida.

Para explicar la situación actual de las mujeres hay que situarse en el tiempo, explicando los factores que condicionaron la formación y consolidación de la estructura de la familia que hoy conocemos.

Con la industrialización, y de acuerdo con las necesidades políticas, sociales y económicas que este proceso encierra en sí, es cuando se empieza a estructurar la familia con una clara división en el reparto de funciones y roles.

Desde este momento se instauró culturalmente el rol de la mujer como guardiana del hogar en todas las sociedades industrializadas o en proceso de industrialización, al mismo tiempo que el trabajo y la esfera pública iba quedando en manos de los hombres. Estos dos polos se fueron introduciendo en las conciencias e ideologías de los grupos sociales y fueron arraigando en ellos como si se tratara de dos dominios de la propia naturaleza: el hogar, dominio de las mujeres, y el trabajo, ámbito específico de los hombres.

De este modo la familia, y en concreto el matrimonio, queda consolidada como una empresa social destinada a la reproducción, mantenimiento y control del orden socioeconómico de producción capitalista, en el cual aparece como un hecho funcional la dedicación exclu-

siva del sexo masculino a la producción material, mientras que el otro se ordenaría a la reproducción y cuidado de las necesidades y bienestar del anterior, considerado como fuerza de trabajo en el presente, de igual modo que los hijos serán la fuerza y garantía futura de ese trabajo.

Para el arraigo y consolidación de estas funciones en la conciencia colectiva el capital se valió de un ejército de «expertos» (juristas, médicos, enseñantes, trabajadores sociales...) a fin de inculcar, sobre todo a la mujer, que toda su fuerza debería encauzarse a ser soporte de sus esposos e hijos, poniendo de manifiesto el daño irreparable que haría a ambos si no asumía esos consejos. Tales roles fueron aceptados y hechos propios por las mujeres a costa de su dignidad e independencia ideológica, quedando relegados a un segundo plano sus valores auténticos. La identidad de la mujer como persona pasaba a segundo plano, a la vez que era cuestionada socialmente si no asumía esta forma de vida.

Bajo la supuesta felicidad y aceptación que socialmente parecía alcanzarse al conseguir las metas propuestas para lograr tal identidad de esposa y de madre, comienzan a aflorar multitud de problemas en el interior de los hogares. Las mujeres experimentan evidentes y profundas sensaciones de aislamiento, de descontento, de degradación personal, teniendo que buscar compensaciones artificiales fuera del marco íntimo familiar. Y todo ello fue considerado únicamente como problema personal de esas mujeres, no como un problema social, con un alcance y con unas implicaciones políticas evidentes.

Además de la imposición de esta estructura dual, hay otro aspecto que ha contribuido a incrementarla, a saber, el poder total que se ha otorgado al hombre como dueño del sistema familiar. Ello ha significado un aislamiento todavía más acusado de los miembros más débiles del sistema y, en consecuencia, una fuente de sufrimientos para ellos, fundamentalmente los niños y las mujeres. Idéntica consideración podría hacerse a propósito de los ancianos, cuyos problemas han quedado tradicionalmente soterrados en el ámbito de la intimidad y la privacidad.

El supuesto de que «lo que ocurre de puertas adentro» es algo intocable, puede y debe ser cuestionado. En efecto, el recurso al derecho individual de las personas, a la luz del significado que tiene el avance de los derechos sociales y teniendo en cuenta la situación real de muchas familias, queda justificado cuando se hace para defender a cada una de ellas, en cuanto miembros de la familia. Mientras las estructuras actualmente vigentes continúen perpetuando el poder de los hombres, la situación de las mujeres y de los niños no será nunca la que realmente corresponde a su condición personal y jurídica. El hogar, ateniéndose a la filosofía subyacente en este planteamiento, no es ya un ámbito auténtico de convivencia, ni un lugar propicio para la aten-

ción y cuidado de los más débiles; deja de ser enriquecedor para pasar a ser una encerrona, un lugar propicio de maltrato tanto físico como psíquico de estos últimos.

Actualmente la familia, en cuanto tal, parece estar en entredicho, de tal manera que ha generado una gran preocupación en los responsables del orden social. Ello explica, entre otras cosas su decisión de habilitar todo un cuerpo de profesionales que expliquen, por un lado, lo que ocurre en esas familias y, por otra parte, actúen en ellas.

El trabajo social es una de las profesiones directamente involucradas en los sistemas de acción social imperantes. Como profesión de base, ha recibido a lo largo de los últimos años un porcentaje elevado de demandas y ha estado en contacto inmediato con múltiples conflictos vividos en las familias, a través del testimonio directo de sus representantes por excelencia, las mujeres. El análisis de esas demandas, conflictos y testimonios ha permitido observar e interpretar paralelamente alguno de los cambios actuales que han podido contribuir a hacer tambalear la estructura familiar.

Todo parece indicar que esos cambios, en particular el aumento de la participación de la mujer en la esfera económico-laboral, han generado ciertas transformaciones en el papel a desempeñar por ella dentro de nuestras actuales sociedades capitalistas y democráticas. En líneas generales, el sostenido descenso de la natalidad y nupcialidad y, por tanto, del tiempo dedicado por las mujeres al trabajo doméstico, significa un cuestionamiento del anterior reparto de tareas entre lo público y lo privado, asignado respectivamente a varones y mujeres. Junto con la disminución de las variables de dependencia femenina anteriormente citadas se registra, pues, el aumento de las variables que posibilitan una mayor independencia personal, como son, por ejemplo, el aumento de las tasas de escolaridad de la mujer y la intensificación evidente de su actividad profesional y económica.

Ahora bien, esta presencia de la mujer en la vida pública, en la esfera productiva y en el ámbito del poder político, social o económico es todavía muy incipiente en lo que se refiere a procesos de igualdad real con los hombres. De acuerdo con los datos estadísticos contrastados, las mujeres siguen encontrándose con una fuerte segregación ocupacional y una evidente discriminación salarial. A ello hay que sumar el hecho de que cultural e ideológicamente no han dejado de ser las guardianas fundamentales de los hogares.

Estos hechos parecen estar marcando los límites de un sistema social patriarcal y sexista, que sigue sin ver con buenos ojos la total integración e inserción de la mujer en el orden social y económico, por miedo a ver cuestionada su concepción de la familia como garante de la estabilidad del sistema, con la consiguiente pérdida de los espacios de poder y autoridad que ello traería consigo.

La familia, que ha dejado de ser como en tiempos anteriores una

unidad de producción, continúa cumpliendo un destacado papel en la vigilancia del orden y en el mantenimiento del control social. Con una estructura fuertemente jerarquizada, sigue inspirando, respecto al poder establecido, sentido de obediencia y sumisión, constituyéndose así en vehículo privilegiado para la difusión de las ideas más conservadoras (no en vano es defendida y protegida por los que mantienen y propagan esas ideas). Es, en suma, un garante de la estabilidad del sistema de opresión en general y, más en particular de la situación de opresión de la mujer.

Las mujeres han sido y son educadas todavía en muchas ocasiones, casi exclusivamente, para el desempeño de su misión familiar, aunque con diversos modos de hacerla efectiva en los varios contextos histórico-culturales en que vive. Esta «misión» sería su suprema y única «carrera», que lleva implícitos como roles fundamentales su condición de hija-esposa y madre, juntamente con esas otras habilidades que se relacionan con la reproducción, la atención al bienestar bio-psico-social de los miembros de la familia y de su unidad.

En esta situación es inevitable que las mujeres tengan que enfrentarse a los cambios que se están produciendo actualmente con un enorme sentimiento de dualidad. Por una parte, están sus propios sentimientos de culpa a causa del abandono de lo que, a través de diversos mecanismos de culturización, se les ha hecho ver que es algo propio e innato en ellas (actitudes de amor y renuncia, finura y delicadeza de sentimientos, exaltación del ideal de la maternidad). Por otro lado ha de afrontar el reto del mundo exterior hostil, reservado a la acción y al control de los varones, viviendo su vida personal y familiar en condiciones de discriminación y desigualdad.

La elección produce y/o genera en muchas ocasiones verdaderas crisis desestructurantes en términos esquizoides, por el hecho de tener que resolver y decidir compatibilizando dos mundos, dos carreras que encierran distintas trampas, estrategias y recompensas, no sin grandes fracturas y costos personales, a veces irreparables, y con graves perjuicios a terceros.

Esto es lo que en una primera instancia hemos podido llegar a conocer y verificar directamente en nuestra labor profesional, a través de las demandas razonadas a que se hizo ya referencia.

Una reciente investigación hecha en la ciudad y provincia de Alicante, ha puesto de manifiesto el carácter fundado y realista de este planteamiento.

Se trata de un estudio realizado por un equipo de profesionales; entre los que figuramos los abajofirmantes, y cuyo título es «Estudio de Necesidades y Recursos de la Mujer en Alicante y Provincia». A modo de ilustración del significado y alcance de su contenido, ofrecemos aquí algunos de los datos que consideramos más significativos.

2. LA DEMANDA DE LAS MUJERES EN LA RED DE SERVICIOS SOCIALES

Dentro de la situación general que en nuestro contexto social se plantea a la mujer, tomada ésta como género o como sexo, no sería justo, desde un compromiso ético-profesional, dejar de señalar que no todas las mujeres están en igualdad de condiciones, esto es, que no todas pueden hacer frente con el mismo éxito a los cambios anteriormente señalados. Las desigualdades tanto en el plano doméstico, como en el laboral, aumentan proporcionalmente en función de la posición ocupada en la estratificación social. Así, son las mujeres pertenecientes a las clases sociales más desfavorecidas, y sus familias, las que soportan con mayor o menor grado de conciencia e intensidad los múltiples efectos de la marginación socio-económica y el dominio de estructuras y valores patriarcales y sexistas.

El estudio referido recoge las demandas realizadas en una muestra a 500 mujeres, en un gran número de instituciones públicas y privadas de esta provincia, en las que está presente el Trabajo Social.

Las mujeres entrevistadas oscilan en una edad que va desde los 24 a 43 años en su mayoría. El estado civil de las mismas es: Casadas el 46 %; solteras 22 %, y agrupadas en situaciones de separación y/o divorcio el 21,5 %.

La totalidad de mujeres con hijos representa un 80,5 %, mereciendo especial referencia el hecho de que un 41 % de éstas sean mujeres solas con cargas familiares.

El resto de los elementos que configuran el perfil de identificación de las mujeres estudiadas indican que tan sólo un 26 % tienen estudios primarios, lo que obviamente tiene relación con que el 51,5 % de la muestra se halle en inactividad laboral y, por tanto, sin ningún tipo de ingresos mensuales e independientes.

El tipo de ocupación laboral de las mujeres en activo se distribuye en un 31 % de trabajos no cualificados, asalariadas y empleadas de hogar; un 4,5 % de trabajo cualificado y actividad profesional liberal y un 2 % de empresarias y cargos directivos. Actividades laborales que por sí mismas indican el nivel de ingresos económicos socialmente en vigor.

La demanda expresada junto a la valoración de los profesionales es contundente sobre el informe que arrojan estos datos: un 70 % de los problemas y necesidades planteadas van referidos a la ausencia de ingresos fijos, regulares o inexistentes.

El índice de problemática económica se corresponde con el alto porcentaje de demandas de recursos como:

- Prestaciones económicas periódicas y no periódicas.
- Ayudas económicas privadas.

- Ayudas de comedor.
- Exención de tasas.
- Petición de trabajo.

En la mayoría de los casos estos recursos han sido puestos a disposición de las demandantes, excepto obviamente con mucha más dificultad la obtención de un trabajo, que resulta ser, sin embargo, el recurso idóneo para salir de la problemática económica.

Lo mismo ocurre con la variable vivienda. La demanda de vivienda es igualmente elevada tanto en lo que se refiere a graves problemas de carencia o chabolismo, que es de un 7 %, como a deficientes condiciones de habitabilidad 26 %, y un 6 % de situaciones de desahucio.

La variable económica adquiere una dimensión especial por tratarse de mujeres en su mayoría dependientes de los ingresos familiares de otros miembros, marido o pareja, los cuales oscilan entre 0 y 46.000 pesetas mensuales para un 40 % de esta población.

El citado 70 % de problemas de carencia económica se inscriben dentro del ámbito familiar; bien de mujeres solas con cargas familiares, bien de mujeres con pareja, hijos y/u otros pero con insuficiencia de recursos. Sólo un 24 % de estas mujeres no manifiesta problemas de tipo económico-laboral. Las demandas expresadas por estas últimas gira alrededor de:

- Desestructuración familiar.
- Toxicomanías.
- Planificación familiar.
- Malos tratos.
- Minusvalías.
- Prostitución.
- Violaciones.
- Discriminación étnica.
- Delincuencia.
- Situaciones de alto riesgo.

Estos problemas persisten en la mayoría de los casos asociados, o no, a la conflictividad económica. El nivel de desestructuración existente en la familia y la posición de dependencia afectiva y económica de la mujer en la misma tiene por efecto inmediato (o viceversa), el surgimiento de crisis personales y procesos de desintegración que surgen a todos los miembros en situaciones angustia y deterioro, provocando el abandono y la incapacidad de manutención y cuidado de los menores. No es de extrañar, pues, la cantidad de demandas y/o diagnósticos profesionales, orientados hacia la protección de éstos. Piénsese, por ejemplo en los siguientes:

- Internado infantil.
- Familias de acogida.

- Hogares sustitutos.
- Comedor escolar.
- Guardería preescolar.
- Entrega en adopción.
- Educación especial.
- Ayuda psicopedagógica.
- Acción tutelar estatal.

Los «problemas familiares», como tales, carecen de tratamiento, al menos en la actualidad del sistema de servicios sociales. La actividad de éstos, sin embargo, viene siendo orientada hacia la consecución de recursos específicos de ayuda a la mujer tales como:

- Asesoramiento jurídico.
- Asesoramiento psicológico.
- Casa de acogida para mujeres maltratadas.

todos ellos, por otra parte, de reciente creación.

Paradójicamente son los mismos profesionales encargados de la atención al conjunto de las demandas y necesidades señaladas, quienes apuntan hacia la terapia familiar como el recurso idóneo para el tratamiento global de las familias, convencidos de que impediría en caso de éxito, la fragmentación de gran número de ellas.

La observación de la realidad pone de manifiesto, en síntesis, que la mayoría de las mujeres que acuden en busca de ayuda son portadoras de un complejo multiproblemático. Los problemas de acceso y condiciones del mercado de trabajo aparecen casi indisolublemente asociados a los causados por el rol social prescripto para la mujer. El continuado empeño por mantenerla al margen y en continua dependencia económica y afectiva de un hombre, de un hogar, contribuye, a modo de espiral diabólica, a su no crecimiento y capacitación, lo que, a su vez, es una espiral diabólica, a su no crecimiento y capacitación, lo que, a su vez, es una firme garantía de no poder obtener la autonomía e independencia necesaria a través de aquello que en nuestra sociedad la proporciona y legítima: el trabajo, el dinero. Todo ello sin olvidar la cantidad de escalofriantes situaciones a merced de las cuales quedan las mujeres consolidadas en este círculo de incapacitación.

Ahora bien, la compleja dialéctica del progreso social ha hecho posible una distinta autopercepción de las mujeres que, al menos en parte, reclaman para sí la gratificación de sus necesidades vitales generales colocadas a la par del sector masculino, que hasta hace unas décadas era poseedor exclusivo de las mismas.

Ubicados, pues, en este contexto de cambios en el que las mujeres deciden o pueden decidir acerca incluso del abandono de sus tradicionales roles femeninos —del hogar, de la familia tradicional, de la reproducción—, desconocemos, tal como reflexionan muchos analistas

sociales y por la obvia contemporaneidad de los hechos, hacia dónde pueden consolidarse los cambios, al tiempo que nos preocupa cuál está siendo y puede ser el papel de la profesión del trabajo social en relación con los mismos.

A nuestro parecer la respuesta social no sólo es escasa sino que se genera al margen de la verdadera demanda y sin tener en cuenta las transformaciones que se están produciendo. Con esto queremos decir que las ayudas para estas mujeres son siempre materiales, que parchean la situación de desigualdad en la que se encuentran, a la vez que ayudan a mantener de forma oficial la estructura social patriarcal y sexista.

Por último, y como dato de interés, las mujeres son las principales usuarias de otros servicios que como el «Teléfono de la Esperanza» atienden demandas sociales con recursos «no materiales». Así, el resultado de un estudio estadístico elaborado por los responsables de este servicio en Alicante, descubre que en 1991 el 67 % de las personas que lo utilizan, eran mujeres. Los motivos que impulsaron a efectuar las llamadas en demanda de ayuda se centran principalmente en crisis existenciales, depresiones, problemas familiares y sentimentales. (Véase INFORMACION, 2 de febrero, 1992, pág. 4).

3. OTRA IDEA PARA LA AYUDA

Si como punto de partida elegimos a la familia desde su situación de fracaso, en la que no existe el goce íntimo ni se favorece el crecimiento de las personas que la eligieron para estos fines, y si queremos contribuir eficazmente a ayudar a la mujer como la principal perjudicada, se impone la necesidad de que aportemos una colaboración activa en la eliminación radical de las causas reales a que hemos hecho referencia anteriormente, y que la sitúan en esa posición de inferioridad y dependencia.

Al afrontar esta tarea nuestra preocupación máxima debe centrarse en promover un verdadero cambio, conscientes de que, desde el trabajo social, nuestra primera aportación a ese cambio se sitúa allí precisamente donde las mujeres empiezan a ser víctimas de desigualdades y desventajas, a saber, *el hogar*.

La familia es la institución por excelencia encargada de atribuir tareas y roles a sus miembros en relación al género; en ella es donde se aprende el significado de masculino y femenino y todo lo que eso implica.

Dentro de la familia se enseña todo lo que comporta social y culturalmente el significado de «ser varón» o «ser mujer» en un tiempo y espacio determinado. Bajo estas asignaciones, y desde el nacimiento de los hijos, se empiezan a desarrollar expectativas diferentes y tiene

lugar la otorgación de privilegios según el sexo, priorizando por supuesto a los de sexo masculino desde que son niños hasta que abandonan el hogar.

Esta diferencia se traduce en la conciencia explícita de los hombres de su condición de jefes indiscutibles del hogar y, por extensión, dueños de los destinos del país, dejando en las mujeres la tarea de guardianas del hogar y de las relaciones sociales, bajo el prisma de la paz mundial y de otros pretextos grandilocuentes.

Todo esto se traduce en conductas concretas y en el convencimiento de los hombres de ser dueños absolutos de todo, haciendo a las mujeres dependientes.

Y todo ello partiendo siempre de la persuasión de que eso es lo que procede realmente para su realización y bienestar, más que para un disfrute personal por libre elección.

Aceptando esto, se van generando los procesos inevitables de deterioro, reproduciendo o causando multitud de situaciones problemáticas, cuando las expectativas de felicidad no se producen o alguno de ellos no alcanza a cumplir lo socialmente establecido.

La mayoría de las veces es en las mujeres donde se genera el sentimiento de culpa derivado de la convicción de no servir «como madres o esposas», dando lugar en ellas a vivencias tan confusas e intensas que les llevan a sentirse impotentes, al borde mismo de la desesperación y experimentar grandes sentimientos de fracaso como mujer. Es frecuente el caso de que lleguen incluso a abandonar sus tareas o el desempeño de roles, ya que según ellas «no saben hacerlo».

En los hombres este sentimiento no se da, al menos en la medida que en las mujeres, ya que ellos no se sienten responsables del hogar haciendo caer toda la culpa en sus esposas. Son conscientes de que cumplen su tarea perfectamente con el ingreso de «un dinero» al mes, situándose en la periferia de los problemas o de las relaciones familiares como si a ellos no les tocara.

La desesperación de estas mujeres hace que sean ellas de hecho las portadoras de la solicitud de auxilio, viéndose forzadas a recurrir a multitud de profesionales en demanda de ayuda para ellas y para sus familias. Todo ello contribuye a hacer aún más turbia y confusa su situación personal, ya que sin darse cuenta se encuentran presas y envueltas en una red de servicios que está llena de mensajes y de tareas conducentes al desempeño del papel asignado, para ocupar el lugar que se ha decidido que les corresponden, y en suma, para evitar el fracaso social.

Es aquí donde nosotros nos situamos y ponemos nuestro grano de arena. Si queremos ayudar a estas mujeres, debemos romper de cuajo el estereotipo de «familia normal» —roles según género— ya que es allí donde se incuba el perjuicio para ellas, evitando a toda costa volver a colocarlas en la cúspide de su fracaso.

Nuestra labor debe orientarse hacia un cambio real, partiendo de la diferencia de concebir a las personas por su sexo, intentando llevarlas a conseguir la felicidad y la autorrealización por otros caminos alternativos y tan válidos como cualquiera estipulado, evitando que esos caminos encubran el detrimento de otras personas.

Desde este enfoque crítico a la estructura opresora y a la forma funcionalista de ayuda, cabe la defensa además de otras formas alternativas de relación entre las personas: mujeres solas con hijos, parejas del mismo sexo, parejas de unión libre, comunas..., que según estadísticas superan en número a lo que entendemos por «normal», y que se aceptan, pero marcándolas la mayoría de las veces como, o bajo el rótulo ambiguo de «anormal», «subcultura» ..., abocando a muchos de sus miembros a la marginación y formalizando de diferentes maneras que estas «familias» necesitan ayuda, viéndose, la mayoría de las veces, en manos de profesionales que participando de las ideas al uso intentan hacerlos/las funcionar de forma oficial o instrumental. En estos casos la mayor perjudicada es siempre la mujer, ya que tiene menos libertad de opción que los hombres y además no se les perdona que no sigan cuidando de los hogares, que no sigan teniendo hijos para que el sistema siga funcionando.

Con esto no pretendemos abogar por un tipo u otro de familia, sino ayudar a una mínima concienciación de los profesionales, en el sentido de que la aceptación de cualquiera de ellas debe estar presidida por la búsqueda de unas estructuras de relación que sean menos opresoras para las mujeres. Esto supuesto, cuando estas mujeres nos pidan ayuda, nuestra tarea no puede nunca limitarse a «enseñar a funcionar», sino a promover iniciativas, a negarse a cumplir resignadamente con lo aprendido y a decidir ellas mismas la forma que quieren dar a su cometido de ser madres o esposas, siempre a su manera, incluso la posibilidad de rechazar o abandonar tales empresas, haciendo que sean ellas las artífices y protagonistas reales de su propia vida, de sus propios riesgos.

Se trata, en suma, de comprender que nada se rompe (a no ser las cadenas) por el hecho de ser atrevida, impaciente, agresiva o contestataria y mantener actitudes firmes en el ámbito de las relaciones humanas.

Sea cual sea la forma elegida, los miembros de la familia deben gozar de libertad y tener todas sus aspiraciones y expectativas cubiertas o la posibilidad de cubrirlas.

Por tanto, y aunque sea repetitivo, es de vital importancia, contribuir desde nuestra profesión a un verdadero cambio social, a un cambio familiar, a un cambio individual, donde los roles no impliquen opresión o desventajas «de uno sobre todos» sino que los roles sean simétricos, que todos puedan hacer y sentir de todo. Que los hombres cuiden de sus hogares y de sus hijos, que sean sensibles y que las mu-

jeros, si quieren, sean «jefas». La intención transformadora tendría como resultado el contemplar de forma distinta las relaciones sociales y sexuales en las que se desarrolla la existencia de los hombres y de las mujeres y conseguir, bajo una igualdad y libertad verdadera, que las familias sean un auténtico lugar de convivencia y de crecimiento personal en vez de un lugar opresivo y de infelicidad, o como muchas mujeres han manifestado en multitud de ocasiones, una cárcel. Como se ha dicho recientemente con fina ironía crítica, «Acudir a la sociedad para pedir protección de sus miembros más débiles es pedirle al zorro que cuide a los pollos porque, a pesar de las últimas reformas, la sociedad fomenta la debilidad y el peligro»¹.

¹ Goodrich, T. J. y otras: *Terapia Familiar Feminista*, Ed. Paidós, Argentina, 1989, pág. 23. Una profundización actualizada de los planteamientos que se hacen en nuestro trabajo puede verse también en la reciente obra en colaboración *La Red Invisible. Pautas vinculadas al género en las relaciones familiares*. Paidós, Bar-na, 1991.